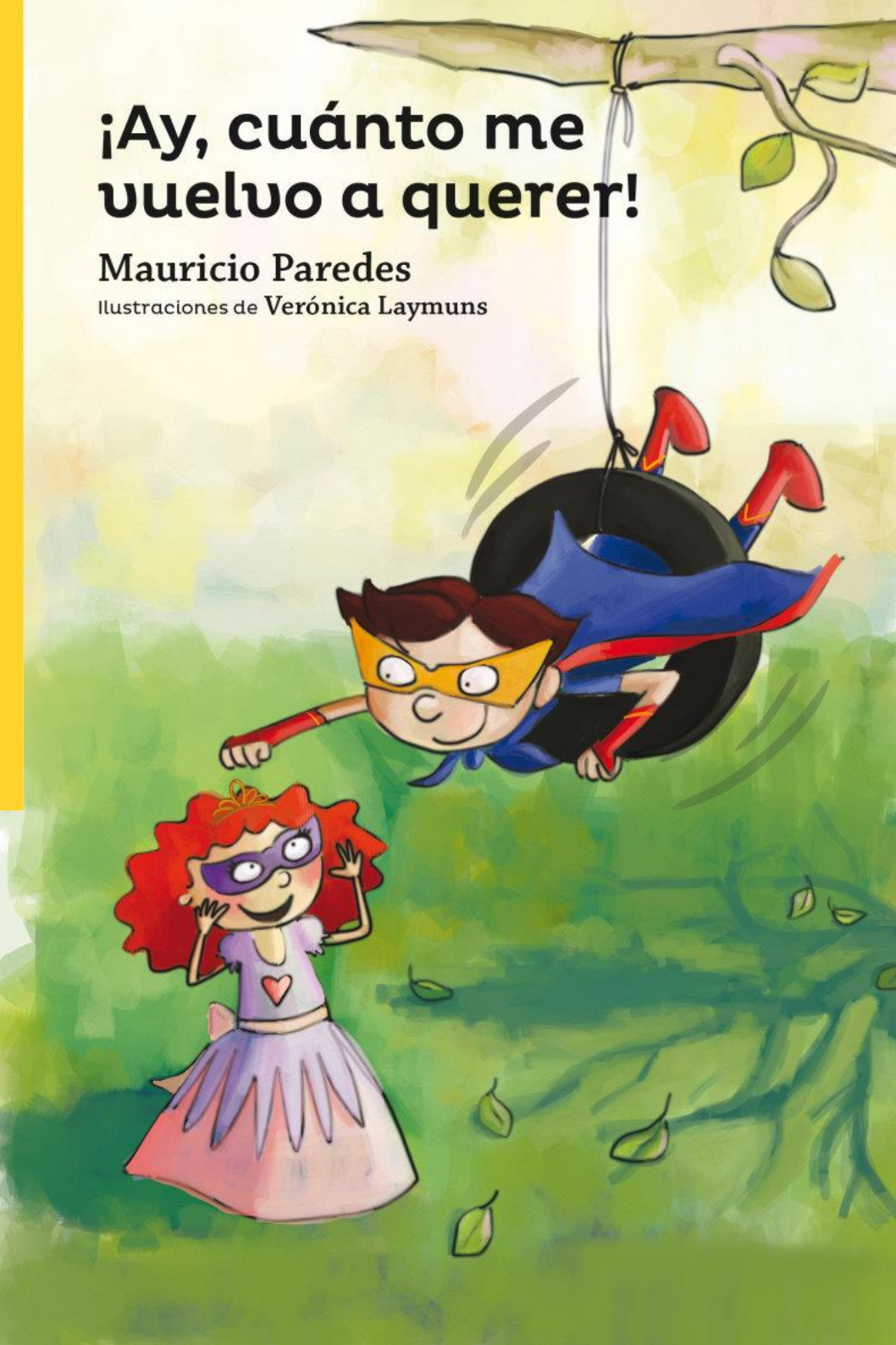
¡Ay, cuánto me vuelvo a querer!

Mauricio Paredes
Ilustraciones de Verónica Laymuns



Para Agustin

Saber mucho puede llevarte al éxito,

pero ser sabio te llevará a la felicidad.

Indice

1. Yo, de nuevo 7
2. Lo importante es creer 18
3. Ni a la esquina 24
4. Los monstruos miedosos 32
5. Un problemonstruo 44
6. ¿Buenos padres? 51
7. Miedo a todo 58
8. Hacer las cosas por sí 68
9. Adultos instantáneos 75
10. El día más feliz de mi vida (hasta ahora) 84

1. Yo, de nuevo

¡Ay, cuánto me quiero! Para ser sincero... Para ser sincero... ¡Para ser sincero, no lo sé! Antes estaba seguro de que me amaba, me adoraba, ¡me idolatraba! Pero ya no más. Ahora hasta hay momentos en los que me canso de mí. Es verdad, lo prometo. ¡Es que siempre soy el mismo!

A veces me gustaría ser alguien diferente y no la misma persona todo el tiempo. ¡Qué aburrido! Ya no quiero ser más yo... Pero entonce

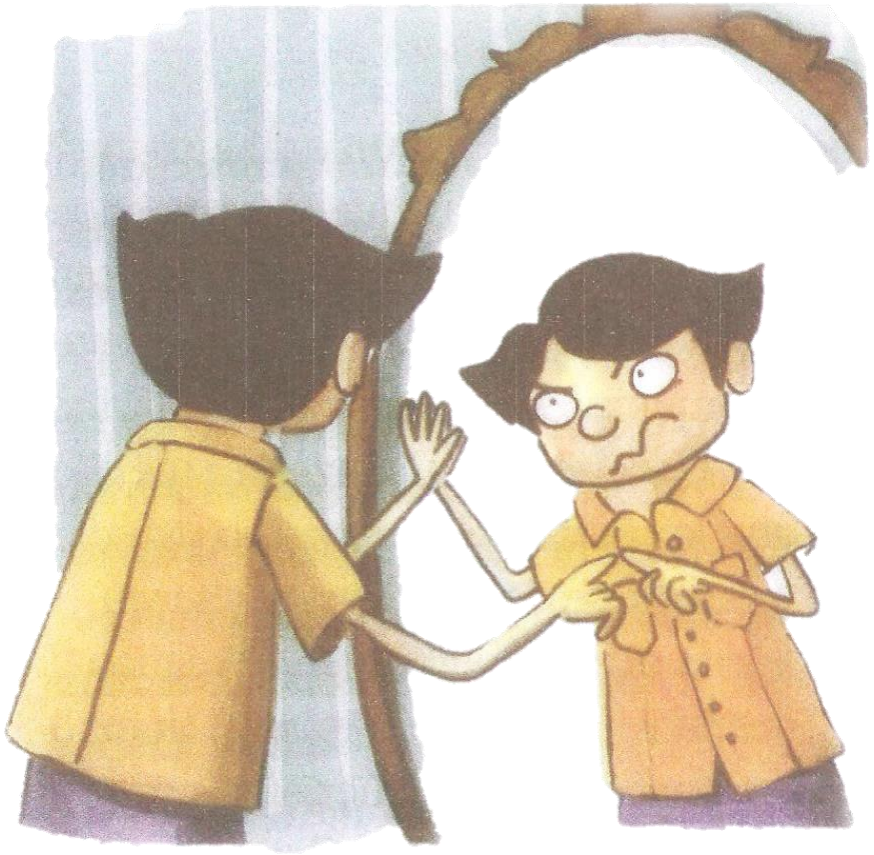
¿quién sería? ¿Tú? ¿Él, nosotros, vosotros, ellos?

Bueno, eso no lo sé. La pregunta importante acá es: ¿me quiero? ¿Sí o no? ¿Estoy seguro? ¿Sí o no? ¡Estoy confundido! ¡Qué terrible! ¡Ser o no ser, quererse o no quererse, esa es la cuestión! ¿Me amo o me odio? ¿O las dos cosas al mismo tiempo? ¡No puede ser, eso sí que sería raro! Sentir cariño y desprecio a la vez por uno mismo. ¡Qué complicación! Esto es muy difícil de entender. Y eso que yo entiendo muchas cosas. Por ejemplo, sé que un señor muy antiguo, que se llamaba Sócrates, dijo: "Conócete a ti mismo". Yo me conocí y me caí tan bien que me hice mi mejor amigo.

Pero esos eran otros tiempos, ahora he descubierto que quererse

a uno mismo es un trabajo muy difícil. Hay cosas que sí se pueden hacer, como aplaudirme por ser tan fabuloso. Pero hay otras que no, por ejemplo, cuando trato de darme besos y no logro alcanzar mi mejilla con los labios. Solo consigo parecer un elefante con la trompa chueca.

Sin ir más lejos, hoy en la mañana, después de gastar tanto tiempo en pensar si me quería o no, me enojé. ¿Con quién? ¡Conmigo, por supuesto! Estaba tan furioso que fui al espejo y me hice muecas, me saqué la lengua y, por si fuera poco, me tiré las orejas para verme espantoso y asustarme mucho. Pero claro, ese otro yo es simplemente mi reflejo en el espejo y me copia todo lo que hago. Sin embargo, hay una diferencia: él tiene que quedarse



dentro del espejo, en cambio yo puedo ir a muchas partes. Aunque quizás dentro del espejo haya un mundo que yo no conozco y él sí... Como castigo por pelear conmigo mismo decidí encerrarme en el ropero. ¡Fue imposible! Primero me paré dentro, pero nadie cerraba la puerta por fuera. Después salí

y empujé la puerta con fuerza. Me gritaba a mí mismo: «¡Sufre, sufre!», pero no sufría nada, porque en realidad no estaba encerrado. En vez de sufrir me dio más y más risa. Luego me quise esconder de mí mismo. Elegí el lugar perfecto: debajo de la cama. Allí nunca me encontraría. Cerré los ojos, conté hasta diez, los abrí de nuevo... ¡y ahí estaba! Me descubrí inmediatamente. ¡Qué fastidio! A veces es muy malo ser tan bueno para jugar a las escondidas.

Después me hice la ley del hielo y no me hablé por un montón de tiempo. Creo que fueron como veintiún segundos. Pero no resistí más, porque necesitaba hablar conmigo para contarme el gran problema que tenía, es decir, mi falta de amor por

mí mismo. Además, si resulta que no soy mi amigo, por lo menos no quiero convertirme en mi enemigo. ¡Sería terrible! ¡Yo, enemigo mío! Me haría la vida imposible. Creo que nadie sería capaz de soportar a alguien como yo, mucho menos yo mismo.

Decidí salir al jardín para pensar mejor estos temas con mi superdo-

tado cerebro y mi humilde corazón. Me sentía muy deprimido por mi crisis de identidad. Caminé por el pasto, paso tras paso, lentamente, hasta llegar a mi árbol, pero no tuve fuerzas para subir, así que me quedé apoyado en él, sujetándome del tronco con los brazos abiertos para no caerme al suelo de tan triste que estaba.

—¿Estás abrazando al árbol? —preguntó la voz de esa niña que yo conocía. Era mi vecina, que aún no me decía su nombre.

—¿Abrazando al árbol? —le pregunté yo de vuelta, muy extrañado—. ¿Por qué querría abrazar a un árbol? Mejor me abrazo a mí mismo y listo.

Ella trató de ordenar su pelo, que

inmediatamente le desobedeció y volvió a quedar igual de desordenado que al principio.

—No —me dijo sonriendo—. Se abrazan los árboles para recibir su energía. Es el poder cósmico de la naturaleza, como dice mi mamá.

Yo me eché a reír a carcajadas.

—¡Tú eres muy cósmica, me haces reír! —exclamé, sin soltar el tronco, para que no se fuera a caer el árbol (no yo).

—No comprendes —me explicó ella—, no dije "cómico", que quiere decir divertido, sino "cósmico", que significa que es del cosmos, del universo.

—Ahhh, está bien —le dije para que se quedara tranquila. Esa niña habla muy raro y, más encima, pretende que uno entienda las cosas extrañas que dice.

Ella abrazó el árbol y cerró los ojos.

—Mira, concéntrate como yo y pronto vas a sentir un hormigueo en el cuerpo.

Como soy muy educado, le hice caso. ¡Y fue increíble! Pronto sentí un pequeño hormigueo. Después un hormigueo más grande. ¡Y después una picazón terrible! Abrí los ojos y un montón de hormigas habían caminado desde el tronco y se habían metido por debajo de mi ropa.

—¡Aaaayyy, mamá! —grité con todas mis fuerzas.

—Ups —dijo ella mientras yo corría dando vueltas, rascándome de pies a cabeza.

Al final logré sacudirme las hormigas y quedé agotado.

—Creo que esto de la energía cósmica no es para mí.

—Bueno —dijo ella, sonriendo—, fue cósmica y también un poco cómica.

Y los dos nos reímos hasta caernos sobre el pasto. Por suerte, el árbol se quedó en su lugar y no nos cayó encima.

2. Lo importante es creer

Ella se sentó y me miró con los ojos iluminados por el sol de la mañana.
—Justo venía a decirte algo —me dijo, apretando la boca, como ocultando una sonrisa.
—Dime algo —le respondí.
—¡Algo! —dijo y se rio.
—Je, je —dije, simulando una risa. Esa niña es simpática, pero sus chistes son terriblemente aburridos.
—Era una broma —me dijo, como si yo no me hubiese dado cuenta—. Lo que ocurre en realidad es que hoy es un día muy especial, un día maravilloso.
—¡Mi cumpleaños! —grité.
—No, hoy no es tu cumpleaños... ¿o sí? —preguntó ella frunciendo el ceño.
—No, no es mi cumpleaños, pero pensé que quizás ahora iba a tener dos cumpleaños al año, por ser tan especial. O tal vez cumpleaños todos los días. ¡Eso sería genial! Aunque envejecería muy pronto. En una semana tendría siete años, en un mes tendría 30 años y en un año... ¡tendría 365 años! ¡Oh, no!
Ella se acercó a mí mordiéndose el labio con los dientes de arriba y abriendo los párpados todo lo que podía.
—¿Quieres que te cuente? —me dijo con voz misteriosa.

—¡Claro que quiero! —le respondí ya un poco fastidiado.
Ella dejó pasar unos segundos para dar mayor suspenso.
—¡¡Hoy vuelven nuestros amigos imaginarios!! —chilló tan fuerte que casi me deja sordo.
Yo me quedé pensativo y me rasqué un poco la cabeza, no porque me picaran los piojos, ni tampoco las hormigas, sino que para meditar mejor.
—¿Los amigos imaginarios que teníamos y que se fueron de viaje alrededor del mundo?
—¡Sí, esos mismos! —exclamó ella, llena de entusiasmo—. Hoy me llamaron por teléfono y me avisaron que llegan en la tarde.
—Pero, niña —la interrumpí—, ¿cómo van a llamarte por teléfono

y, más encima, volver si en realidad no existen? Por eso se llaman "amigos imaginarios", porque son de la imaginación, de la fantasía, no de la realidad.
Ella se levantó y caminó hasta la reja de mi casa, donde apoyó su espalda.
—Si tú crees en ellos, entonces sí existen. Recuerda que lo importante es creer.

—¿Quién dijo eso? —pregunté, intrigado.
—Todas las películas.
Esa niña parece que está viendo demasiada televisión.
—¿Estás segura de que lo importante es creer? —le pregunté—. ¿No será creerse?
—No.
—Porque yo me creo mucho.
—No, no es eso —repitió ella.
—Me creo la muerte.
—No, NO y ¡NO! —insistió, diciendo cada "no" un poco más fuerte—. No se trata de creerse uno mismo, sino de creer en tus sueños.
Como soy muy educado, me quedé callado antes de que me empezara a hablar de sueños mágicos y camas voladoras.

Las mujeres son muy especiales. Hablan nuestro mismo idioma, pero realmente uno no les entiende nada de lo que dicen.

3. Ni a la esquina

Para recibir a los amigos imaginarios, esa niña quería hacer una fiesta de bienvenida. A mí me pareció genial, porque, aunque no fuese una fiesta para mí, de todas formas podría subir mi ánimo, que lo tenía por el suelo con esta duda de si me quería o no a mí mismo.

—Tenemos que ir a comprar decoraciones y cosas ricas —le dije—. Yo tengo mi chanchito alcancía lleno de monedas.

—Y yo tengo dos billetes que me regaló mi abuelo—agregó ella.

—¡Excelente! —exclamé—, vamos a buscarlos, traemos nuestras bicicletas y pedaleamos hasta el almacén.

—Sí, o sea, no, es que...

—¿Es que qué?

—Es que hay un problema —dijo ella, tirándose el borde de su vestido hacia abajo.

—¿Cuál problema? —Esa niña me estaba empezando a cansar con sus complicaciones.

—Es que yo no puedo andar en bicicleta —dijo, sonrojándose—. O sea, sí sé hacerlo, pero mis papás no me dejan usarla, porque dicen que es peligroso.

Sentí un poco de pena por ella.

—Pero si usamos casco.
—Tampoco.
—¿Y si te llevo en la mía? —le propuse, pensando en que era la mejor solución del mundo.
—¡Menos! —dijo ella.
Ahora sentí mucha tristeza por esa niña. Sus papás no la dejaban hacer nada. Con razón le tenía miedo a todo. Además, ¿para qué le regalan una bicicleta si no la dejan usarla?
—Bueno, entonces, vamos caminando.
—¿Caminando? —me preguntó como si le hubiese dicho la cosa más horripilante de la vida—. Mis papás no me dejan ir caminando.
—¡Cómo puede ser! ¡Si el almacén queda en la esquina! ¿Acaso quieres ir gateando?
Ella se tapó la cara de vergüenza y

habló por un pequeño espacio entre sus manos.
—¡Perdón, lo siento! Mis papás no me dejan ni siquiera ir a la esquina.
Yo soplé, desilusionado, y bajé los hombros. Me dieron ganas de tirarme al suelo y gritar: "¡Oh, no! ¡Es lo peor que le podría pasar a alguien!", pero no lo hice, porque soy muy educado.
—Pero, entonces, ¿cómo vas a los lugares? —le pregunté—. ¿Volando como una niña biónica?
Ella se quedó en silencio, aún con las palmas cubriendo su rostro.
—Está bien, iré yo solo —le dije, resoplando, porque ahora sí que ya me tenía totalmente cansado, agotado y exhausto.
Ella se destapó la cara.

—Hay una alternativa —dijo con la voz temblorosa y los ojos llenos de lágrimas.

—¿Cuál?

—Que me lleves tomada de la mano.

—¡¿Qué?! —grité espantado y me alejé de esa niña— ¿Que te tome de la mano? ¿Tomarle la mano a una mujer que no sea mi mamá? ¿Acaso estás enamorada de mí?

Ella dio un salto.

—¡No, no, no! ¡No es eso! —exclamó sacudiendo la cabeza, con sus rulos rojos y su cara igual de roja.

Yo me quedé en silencio, pensando que en realidad era lógico que

estuviera enamorada de mí, por lo magnífico que soy. Lo que pasaba es que no se atrevía a reconocerlo. Si yo fuera mujer, por supuesto que me enamoraría de mí. Aunque eso sería sumamente raro.

—De acuerdo, comprendo —dije muy lentamente, para que no se sintiera obligada a confesar su amor por mí—, vamos a caminar hasta la esquina tomados de la mano. Compramos las decoraciones y las cosas ricas y volvemos a preparar la fiesta para mis amigos imaginarios —terminé y le cerré un ojo, sonriendo.

—Nuestros amigos imaginarios —me corrigió—, recuerda que los podemos compartir.

¿Com-partir? Qué extraña palabra. Yo soy apenas un poco extraño,

extravagante y muy extraordinario, pero nunca se me habría ocurrido partir a nadie, mucho menos a los pobres amigos imaginarios.

Entonces fuimos a buscar las monedas y billetes, cada uno a su casa, y nos juntamos para caminar hacia el almacén. Nunca me habría imaginado el espectáculo que ocurriría ahí.

4. Los monstruos miedosos

Caminando por la vereda bajo el sol, fuimos tomados de la mano, esa niña y yo. Me preocupé de mirar hacia todas partes para asegurarme de que nadie nos viera así, porque me daría un ataque de muerte mortal. ¿De la mano con una niña? ¡Jamás! Pero extrañamente, tomarle la mano a esa niña no fue tan asqueroso como yo pensaba. No tenía garras, ni estaba transpirada, ni hedionda. De hecho, era suave y delicada. Algo raro me pasaba. ¿Pero qué? Me detuve en

seco y me quedé un segundo en silencio. Luego grité:

—¡No!

—¡Ay, qué miedo! —dijo esa niña, saltando—. ¿Qué te pasó?

Yo recobré la compostura.

—Nada, niña. Me acordé de algo malo que me pasó —mentí.

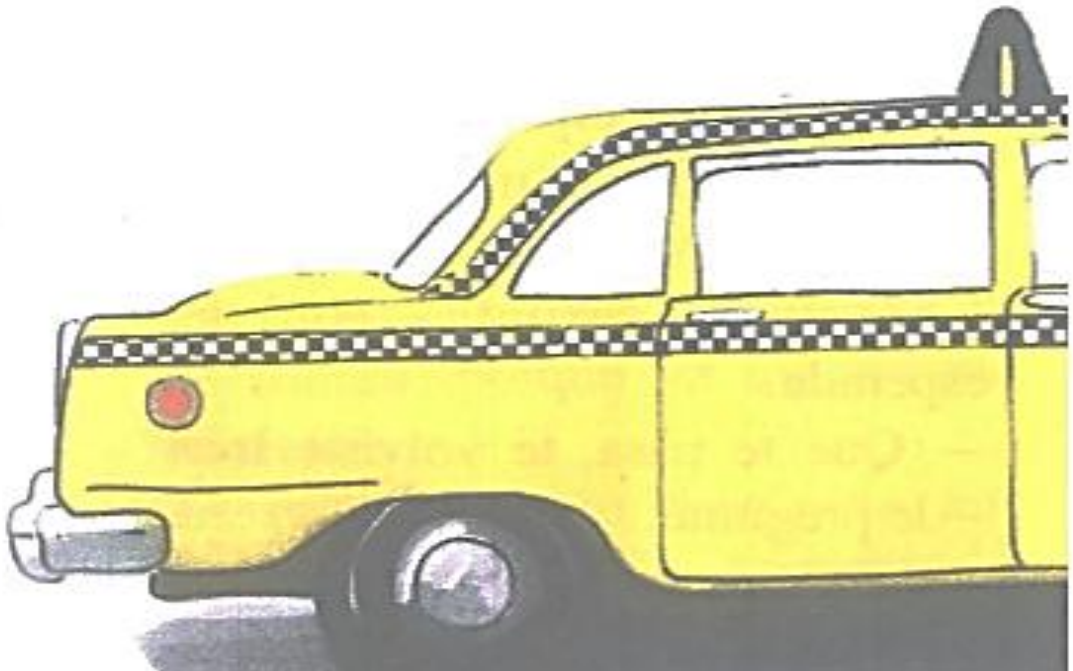
—¿Qué cosa? —preguntó ella con mucha preocupación y curiosidad.

—Fue una vez que me quedó mal hecha la partidura de mi peinado —inventé en el momento.

Ella me miró de arriba abajo y luego de abajo arriba, hasta detener sus ojos en mi pelo. Se veía confundida, pero al parecer creyó mi mentira, que no era tan falsa, porque la vez que me quedó chueco el pelo, lloré por una semana.

—Tu cabello ahora se ve bien.

—Gracias, lo sé —le respondí sonriendo y seguimos caminando. La verdadera razón por la cual había gritado "¡No!" era porque me imaginé que vesa niña podría gustarme. Eso no podía ocurrir por ningún motivo. Mis papás siempre me dicen que me han dado todo su amor,



¿y yo voy a ser tan malagradecido de andar regalándoselo a una niña cualquiera? ¿Solo porque ella es buena, simpática, alegre, generosa, risueña,linda,entretenida,inteligente y sabe hacer la rueda? ¿Solo por eso? Llegamos al almacén y yo iba a entrar primero, pero entonces recordé lo caballeroso que soy y le abrí la puerta para dejarla pasar. Ella alcanzó a dar un paso hacia adentro, paró en seco, se dio media vuelta y saltó encima mío para abrazarme, como trepando por mi pobre cuerpo. ¡A esta niña se le está pasando la mano! O, mejor dicho, se le están pasando los brazos.

—¡Ayúdame, auxilio! —gritó desesperada.

—¿Qué te pasa, te volviste loca? —le pregunté.

—¡Los monstruos, volvieron los monstruos de la noche! ¡Nos van a comer!

Yo me asomé dentro de la tienda y miré para todos lados. Los únicos seres que había eran el dueño de la tienda y dos personas disfrazadas de marcianos, que son mis amigos. Nos conocemos desde hace mucho tiempo. Los veo siempre que voy al almacén, porque ellos promocionan el famoso helado Engordelado. Ellos me quieren casi tanto como me quiero yo. Bueno, o como me quería antes de dejar de quererme.

—Yo no veo ningún monstruo —le dije, para que se calmara y me soltara, porque ya me estaba asfixiando.

Me soltó, se paró detrás de mí

y, apoyando su brazo sobre mi hombro, indicó con el dedo a mis queridos amigos disfrazados.

—¡Ellos! ¡Míralos! ¿Acaso no te dan miedo?

Comprendí que creía que las personas disfrazadas eran monstruos de verdad y por eso les tenía susto. Yo pensaba que esa niña ya no les tenía terror ni horror a los monstruos, pero, claro, es verdad que los miedos a veces vuelven cuando uno menos lo espera. Entonces decidí ayudarla.

—Mira, niña, voy a hacerte un favor. A mí esas personas disfrazadas me encantan y yo les encanto a ellas: te lo voy a demostrar.

—¿En serio? —me preguntó ella, temblando de pánico.

—¡Claro! En serio. Ya lo vas a ver.

Por algo tú no eres yo y yo sí soy yo. ¿Entiendes?

Esa niña se quedó callada mirándome y después habló.

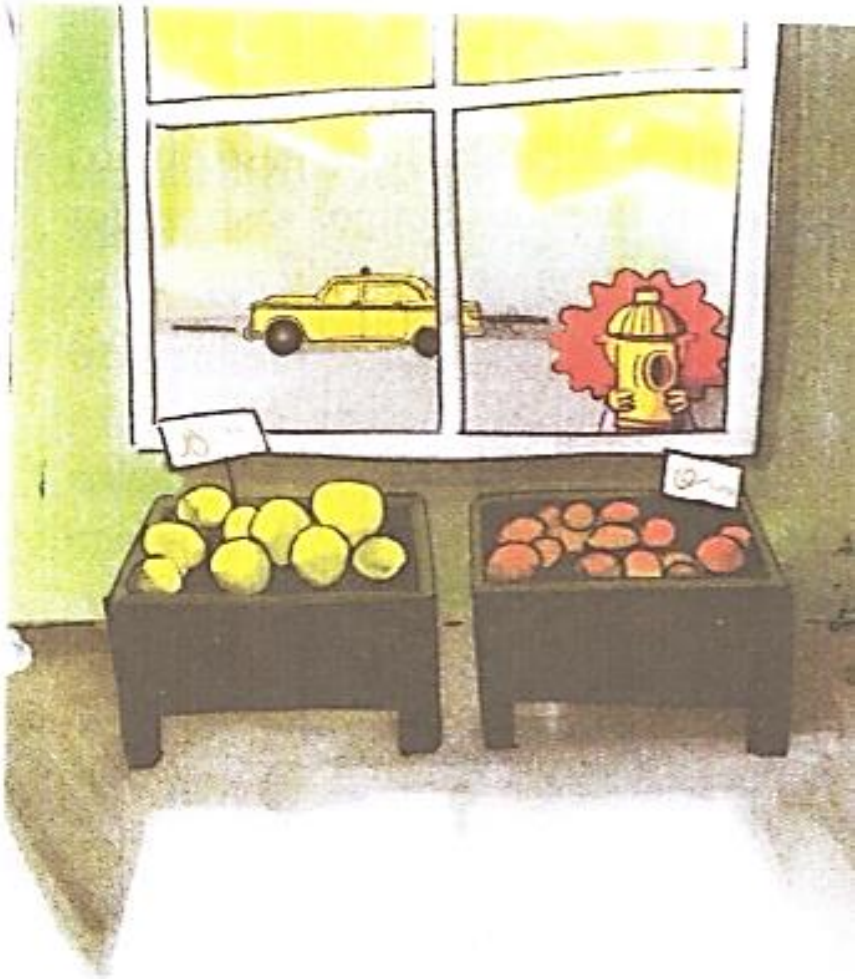
—En realidad no te entiendo nada, pero confío en ti.

Entonces entré muy tranquilo, con una gran sonrisa en mi cara. Saludé a don Mañungo, el dueño del almacén, luego me agaché y fui caminando y me escondí detrás de un estante para darles una sorpresa.

—¡¡Hola amigos, soy yo!! —les grité con toda la fuerza de mis pulmones y de mis cuerdas vocales—. ¿Me extrañaron mucho?

No sé por qué ellos quedaron paralizados y después comenzaron a dar saltos y a darse manotazos.

—¡No! ¡Es ese niño! —gritó uno—. ¡El niño insoportable!



—¡Socorro, socorro! —dijo el otro—. ¡Ten compasión de nosotros, niño terrible!

En ese momento corrieron hacia la puerta, y se tropezaron y botaron al suelo toda la mercadería, porque sus trajes eran muy grandes. Don Mañungo se tomó la cabeza del horror y la rabia que sentía, y esa niña se escondió detrás de un grifo de bom-

beros a la salida. Justo pasó un taxi y mis queridos amigos disfrazados se subieron como pudieron, apretándose desesperados, porque apenas cabían con sus disfraces.

Yo corrí hasta la vereda y los llamé.

—¡Vuelvan, vuelvan, no se vayan! ¡Aquí estoy, soy su mejor amigo!

El taxi escapó a toda velocidad. Qué lástima. Seguramente se confundieron de niño. O tal vez tenían cosas muy importantes que hacer. Como ir a ver una carrera de caracoles, que son moluscos.

Esa niña salió de detrás del grifo, caminó agachada por el pasto y se me acercó.

—¡Los ahuyentaste, los espantaste! —me dijo sonriendo—. ¡Gracias, eres mi héroe! —Y en ese momento

se enderezó y me dio un beso en la mejilla.

Sí, es verdad, esa niña me dio un beso en la cara. ¡Un beso! ¿Qué está pasando? Una cosa terrible es que a uno le dé un beso una niña, pero mucho peor es que a uno le guste ese beso. A mí me gustó. Y mucho.

5. Un problemonstruo

Volvimos a la casa, pero yo no quería tomarle la mano. Así que primero le tomé la muñeca, pero ella sacudió el brazo para tratar de soltarse y que fuéramos con las palmas juntas. Entonces yo no la dejé y le tomé el codo. Ella agitó el cuerpo entero, pero yo no la dejé de nuevo y la tomé del hombro. Finalmente se puso a dar saltos como un canguro y yo decidí agarrarla de su cabellera roja.

—¡Ay! —chilló.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Me duele, me estás tirando el pelo.

Yo no supe qué contestar, pero inventé algo rápidamente.

—Emmm... ¡Es un juego nuevo! ¿No lo conocías? Se llama "Cómo domesticar al caballo colorado".

Ella dio un largo suspiro.

—¿Caballo? —reclamó—. Bueno, está bien, pero no me tires demasiado fuerte de las riendas, por favor.

Así fue que llegamos, galopando, hasta nuestras casas, con toda la comida necesaria para cualquier niño sano: dulces, galletas, chocolates, helados y una lechuga, porque esa niña es vieja italiana.

—Vegetariana —me corrigió.

Eso mismo, vegetariana. Tal vez por eso de comer solamente pasto es que se cree caballo.

También compramos cosas para decorar y disfrazarse: serpentinas, globos, gorros, máscaras, una corona para esa niña, que quiere ser princesa, y una capa para mí, que iba a ser el superhéroe. ¿El superhéroe? Al pensar eso sentí el pecho apretado y un nudo en la garganta. Fue tanta mi tristeza que tuve que abrazarme a mí mismo y caer de rodillas.

—No sé si merezco ser superhéroe ahora que ya no me quiero —murmuré con una pena tan grande que creo que casi se puso a llover, a pesar de que el día estaba soleado y en el cielo no había una sola nube—.

¡Estoy aburrido de mí mismo, ya no me soporto! ¡Nooo!—grité con los brazos al cielo y el "¡Nooo!" hizo eco en toda la cuadra, tan fuerte que los perros del barrio se pusieron a aullar junto conmigo.

—¡No digas eso! —exclamó esa niña, con cara preocupada—. Tú tienes que quererte. Piensa que eres muy afortunado. Hay muchos niños que no tienen nada, en cambio tus papás te quieren y te dan todo lo que les pides.

Yo pensé un momento. Fue un momento raro, porque parecía que se me iba a quemar el cerebro de tanto pensar, pero finalmente comprendí la razón de mi tristeza.

—Justo ese es el problema, niña. Mis papás me dan todo lo que quiero. Si quiero un abrazo, me aprietan entre los dos hasta dejarme sin aire, si quiero comer helado, me compran uno de veintiún sabores y me enfermo del estómago. Cuando me dan mis pataletas y tiro mis juguetes por la ventana, ellos

corren a recogerlos y me los traen de nuevo para que los vuelva a tirar, a veces hasta los tiran ellos mismos. En resumen, soy el rey tirano de la casa, pero no un Tirano-saurio Rey, lo cual habría sido genial.

Esa niña dejó las bolsas de las compras en el suelo y se sentó en el pasto con sus piernas cruzadas.

—Es un verdadero problema.

—Un problemón —le dije.

—Sí, un problema grande —dijo ella.

—Un problemonstruo —dije yo.

—Sí, sí, sí —dijo esa niña, como si estuviera desesperada por algo. Tal vez ese algo eran las hormigas del pasto que la estaban picando, pero no quise preguntarle, porque soy un niño muy caballeroso, como ya he dicho varias veces.

—¿Y qué hacemos? —le pregunté.
Ella se paró de un salto y levantó las manos, como un atleta cuando gana la carrera.
—¡Tengo una idea! —gritó.
—¡Cuál! —grité yo, pero no sé por qué. Tal vez se me pegó el entusiasmo.
Ella se ordenó el vestido y su melena lo mejor que pudo.
—Tenemos que ir a tu casa a conversar con tus papás.
—¡¿Qué?! —grité, y ahora sí sabía por qué: no tenía la más mínima intención de ir a "conversar" con mis papás y menos acompañado de esa niña. Entonces me fui de espaldas de la impresión y me desmayé con lengua afuera y todo.

6. ¿Buenos padres?

Como las mujeres siempre hacen lo que quieren con uno, al final por supuesto fuimos donde mis papás. Ellos estaban terminando de almorzar cuando entramos a mi casa. Al vernos, los dos se pusieron de pie de un salto.
—¡Uy! —exclamó mi mamá— No has almorzado, mi súperniñc maravilloso más fantástico de la humanidad. ¡Perdona, se nos olvidó esperarte para almorzar! No castigaremos mucho. ¿Comiste algo

—No, mamá —respondí yo—. No quiero almorzar.

Ella se acercó a mí y me hizo cariño en el estómago, frente a esa niña, lo cual me dio mucha vergüenza.

—¡Claro, es lógico que no tengas hambre! No tienes hambre porque seguramente todavía estás haciendo la digestión de tu desayuno continental, mi pequeño príncipe, mi monarca, mi emperador. ¿Y tu amiga querrá comer algo?

—Tampoco tiene hambre —aseguré—. Y no quiero hablar de ese tema —dije con tono serio.

Entonces fue mi papá el que habló.

—Por supuesto, hijito adorado. Hablaremos de otra cosa. De algo totalmente distinto y que no tenga nada que ver —dijo y miró hacia

el techo como buscando algún tema interesante—. ¿Qué te parece conversar acerca de Tuvalu? Es un país que queda en una isla que se está hundiendo en el mar. Qué increíble, ¿cierto? —explicó mirando a esa niña.

—¡No papá, no mamá! No quiero discutir el problema de Tuvalu otra vez. Quiero hacerles un reclamo acerca de la forma en que me están educando.

En ese momento los dos se pusieron de rodillas y juntaron las palmas de las manos para suplicar.

—¡Hijo querido! —exclamaron los dos al mismo tiempo—. ¡Ten piedad de nosotros!

Después habló solo mi mamá.

—Lo único que tratamos de hacer es ser buenos padres contigo —dijo

ella, con lágrimas que le corrían por las mejillas.

—Escuchen: gracias a esta niña me di cuenta de que, para ser buenos padres, no tienen que darme en el gusto en todo.

Entonces habló mi papá, con la pera tiritando de tan nervioso que estaba.

—¿No? Pero hijito, lo hacemos porque te queremos. Y por si fuera poco, hemos leído todos los libros de paternidad y hemos ido a todos los cursos de crianza de hijos.

—Pero papá, mamá, ustedes deben saber que si me porto mal, tienen que retarme o incluso castigarme.

Mis papás se miraron entre sí un instante con los ojos muy abiertos, al parecer sin entender nada de lo que yo les decía.

—¿Castigarte? ¡Está bien! —gritaron de nuevo al mismo tiempo—. ¡Te retaremos, te castigaremos!

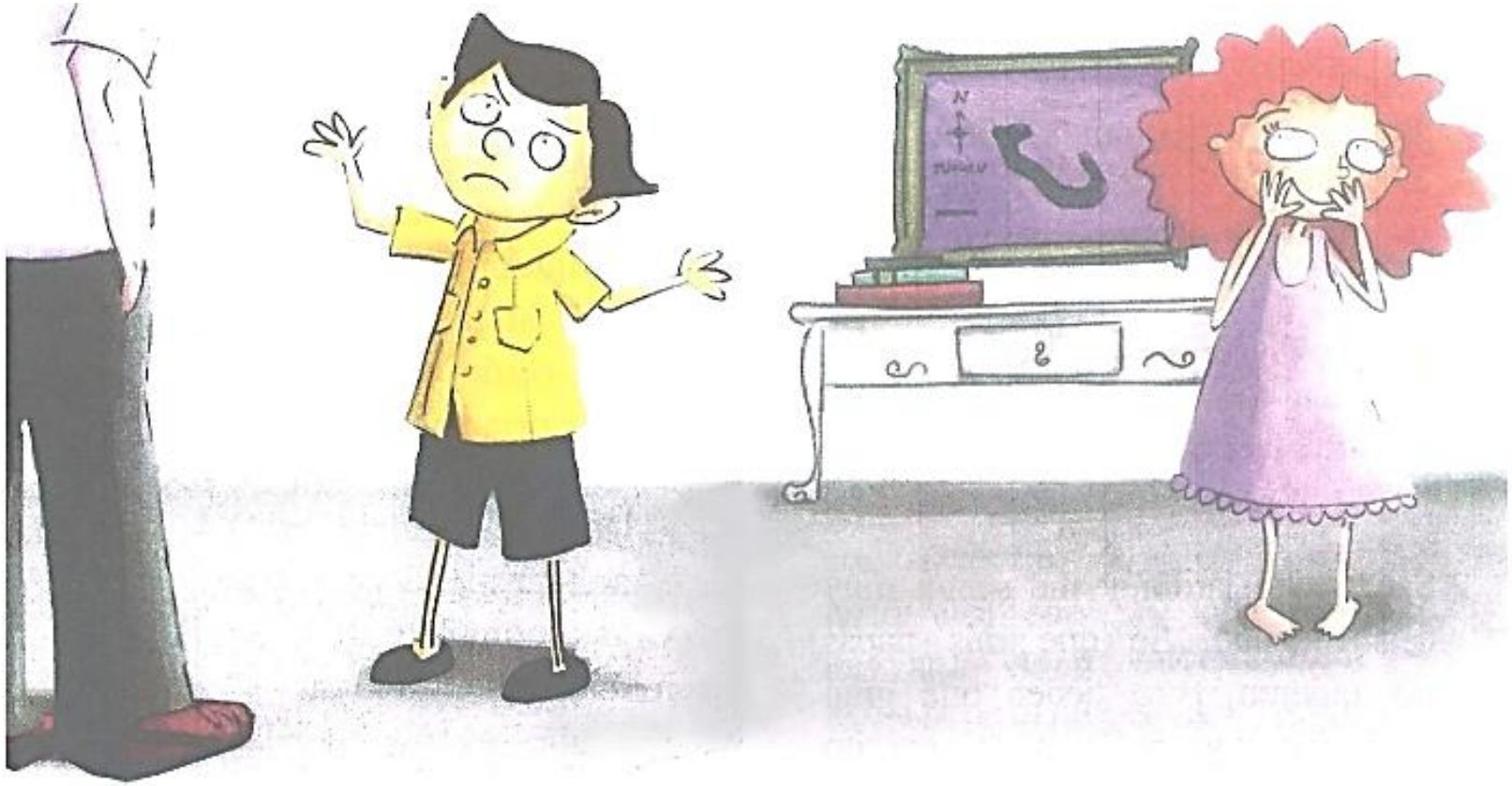
—Te castigaremos todo el tiempo y sin razón —agregó mi mamá, muy sonriente, como si esa fuera la solución.

—Desde la mañana hasta la noche estarás castigado por el resto de tu vida —completó mi papá, lleno de felicidad.

Esa niña estaba en silencio, pero la miré de reojo y vi que estaba sonriendo, a punto de estallar en carcajadas.

—No es para tanto —les dije—. No sean exagerados.

—Tienes toda la razón, como siempre, hijo magnífico, magnánimo y magnético —dijo mi papá—. Nunca te castigaremos en la vida



y nunca volveremos a exagerar. ¡Jamás de los jamases! Seremos los padres menos exagerados del mundo y de todos los planetas donde haya extraterrestres.

—Solamente te retaremos y castigaremos cuando tú nos mandes, mi querubín —dijo mi mamá.

Yo di un largo soplido y me tomé la cabeza mirando a esa niña, que mordía su pelo ondulado para no explotar de la risa.

¡Ay, cuánto me cuesta que me entiendan mis papás!

7. Miedo a todo

Salimos al jardín y me sentía muy desilusionado. Sé que mis papás me quieren, pero tienen una gran confusión. Y yo, por mi parte, necesito volver a quererme. ¿Pero cómo?

—Debes comenzar por tratarte bien tú mismo —dijo esa niña.

Ya me estaba poniendo nervioso esto de que ella me leyera la mente. Al parecer, en verdad quería ser una niña biónica con superpoderes.

—Y tú, ¿cómo lo haces para quererte? ¿Me puedes enseñar? —le pedí con

una humildad tan grande que me hizo sentir el niño más humilde del mundo y pensé que me deberían dar un premio por mi humildad.

Ella bajó la vista y se puso a hacerles cariño a las hojas de un arbusto que crecía pegado a la reja de madera que separa nuestras casas.

—¿Yo? —dijo con voz muy suave y luego suspiró—. Yo también tengo problemas con mi autoestima.

Yo salté de la emoción.

—¿Tienes un auto espía? ¡¿Y no me lo habías contado?!

—No, no un auto espía, dije autoestima.

—¿Investiga? ¿Otro estira? ¿Otto Esgrima? ¿Harto espina?

—No, no y no. Au-to-es-ti-ma. Autoestima, que es cuánto uno se quiere a sí mismo.

—Ah, bueno...
—le dije, decepcionado,
porque pensaba que íbamos a andar en un auto espía invisible a toda velocidad. Pero igual estaba feliz, porque me encanta encontrar palabras parecidas a otras. Debo ser el mejor del mundo para eso. Creo que me merezco otro premio.

—Lo que pasa es que les tengo miedo a muchas cosas —me dijo y le temblaba la voz.

—¿A cuáles? —le pregunté, rascándome la cabeza.

—A todas.

—¿A todas? —exclamé y me tiré el pelo tan fuerte que me quedé con el mechón en la mano—. ¡Eso sí que es mucho!

Ella caminó hasta el árbol, pisando el pasto con suavidad, y luego se dio vuelta lentamente.

—Bueno, no a todas, pero a muchas. Tú sabes: a los monstruos, a los payasos y a las personas disfrazadas, por ejemplo.

—Pero si los monstruos no existen, los payasos son para hacer reír, no para dar miedo, y las personas disfrazadas son eso: personas

normales que se ponen un disfraz. Aunque mis amigos disfrazados del almacén no son tan normales, porque parece que les gusta ir a ver carreras de caracoles, que son moluscos.

—Sí, lo sé.

—¡¿Sabes lo de las carreras de caracoles?! ¿Sabes que son moluscos? —le pregunté, intrigado.

—No, no hablo de eso —dijo esa niña—. Me refiero a que sí sé que no hay monstruos en verdad, que los payasos son para divertirse y que las personas disfrazadas no hacen nada malo.

—Ah, por lo menos entiendes eso —le dije y me sentí orgulloso de enseñarle tantas cosas a una niña que parece que sabía muy poco. O

mejor dicho, nada de nada.

—A los monstruos de la noche creo que de a poco podría ir perdiéndoles el miedo, pero a las personas disfrazadas, no. Yo sé que no hacen nada malo, pero me dan susto igual, no puedo evitarlo. Y en el almacén eran justo dos personas disfrazadas de monstruos, ¡eso fue demasiado terror para mí!

—No estaban

disfrazados de monstruos, sino de marcianos —le expliqué.

—Bueno, pero parecían monstruos, ¿o no? ¿Qué opinas tú? —me preguntó con cara de asustada, como si los estuviese viendo en ese preciso instante.

Yo no le respondí, porque justo se me ocurrió una idea tan genial que tuve que hacer la rueda para celebrar.

—¡Tengo la solución! —le dije desde el suelo, porque

se me había olvidado que en realidad no sé hacer la rueda y me di un porrazo como de zancadilla de ciempiés.

—¿Cuál? —preguntó esa niña, muy extrañada.

—Vamos a ir a hablar con tus papás ahora.

Ella se apretó las mejillas con las manos tan fuerte que le quedó la boca como de pescado.

—¡¿Qué?! ¡No! ¡Por favor no! No quiero hablar con mis papás —exclamó con terror.

—Pero si tú misma me llevaste a hablar con los míos —le reclamé.

—Es diferente, porque mis papás... son diferentes.

Yo la miré con ojos misteriosos, para darle más emoción al momento.

—No vas a ser tú la que hable.

—¿Quién entonces? ¿Tú? —me preguntó esa niña.

—Exactamente... Yo.

8. Hacer las cosas por sí mismo

—Buenas tardes, señor y señora... Mmm... señor y señora... —recordé que no sabía cómo se llamaban los papás de esa niña—. Bueno, ustedes conocen sus propios nombres, así que no es necesario que se los diga.
La mamá de esa niña se levantó de su asiento con una sonrisa muy linda en su cara. Se parecía a la sonrisa de esa niña. Esas cosas pasan cuando una mamá es mamá de una hija, lo sé muy bien.

—Hola, pequeñín —dijo y me hizo cariño en el pelo, pero yo lo ordené inmediatamente—. ¿Qué andan «tramando» hoy?
No me gustó que me llamara "pequeñín". Yo quería que me dijera "lindo", "precioso", "mi cielo", "mi sol" o incluso "mi galaxia" o "mi universo". Eso de "pequeñín" me hizo sentir pequeño. Y no quiero sentirme chico, enano o poca cosa ahora que no estoy seguro si me quiero o me caigo mal.
—Estamos «tragando» saliva para decirles algo —le respondí.
Ella se rio y el papá de esa niña también.
—No, chiquitín, dije «tramando». Me refiero a qué cosa están planeando hacer.

Ahí comprendí que lo enredada para hablar tal vez no es una cosa de las mujeres, sino que de esa niña y de su mamá. Aunque justo esa niña y su mamá son mujeres, así que tendré que escuchar a su papá para saber si tiene el mismo cortocircuito en el cerebro.

—¡Ah, entiendo! —dije, aunque en realidad no entendía nada—. Estamos «tratando» de decirles a ustedes que su hija le tiene miedo a todo, por ejemplo, a las personas disfrazadas. Tiene que aprender a ser más valiente.

El papá se acercó y se agachó para mirarme directo a los ojos.

—No te preocupes, cuando sea adulta, ella ya no tendrá esos miedos. Entonces podrá hacer las cosas por sí sola.

—Pero el problema es que ella aún no es grande, sino que es una niña —le dije yo, mirándolo más de cerca a sus ojos, con mis párpados muy abiertos—. Y el susto lo tiene ahora, no en el futuro.

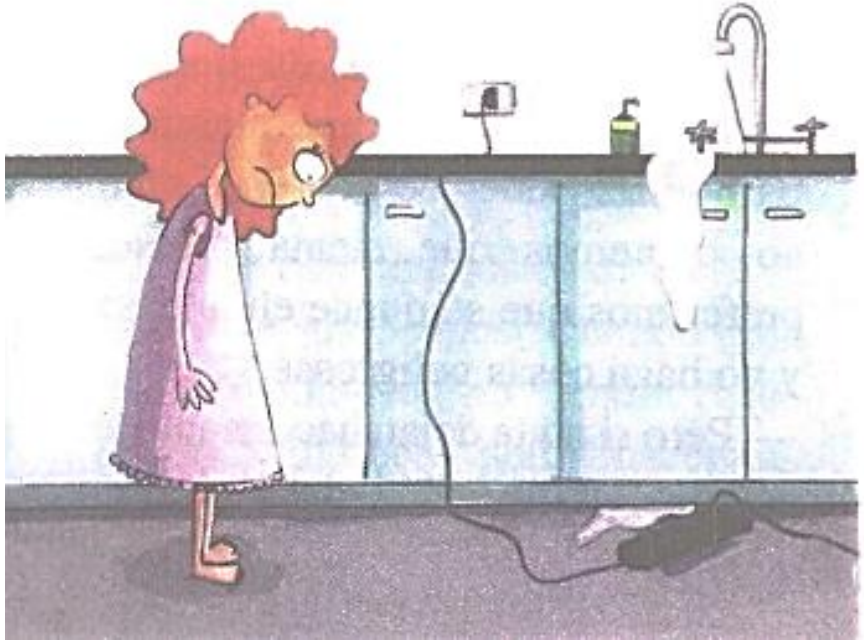
En ese momento, la mamá de esa niña se puso de rodillas en el suelo. Casi pensé que era para suplicarme algo, pero por suerte no fue eso, sino que me tomó de las mejillas y me habló con cariño.

—Nosotros queremos mucho a nuestra hija. Por eso es que la cuidamos y la protegemos siempre. Es nuestro deber de padres. Como no queremos que sienta miedo, preferimos que se quede en la casa y no haga cosas peligrosas.

—¡Pero si no la dejan hacer nada de nada! —Se me salió del alma.

Se produjo un silencio muy incómodo. Yo ya no sabía qué más decir y me estaba dando por vencido. Entonces esa niña avanzó dos pasos hacia adelante y les habló a sus papás, con la voz muy tranquila y segura.

—Mamá, papá. Yo los quiero y sé que ustedes me quieren a mí. Es cierto que si no hago nada, no me va a pasar nada, pero también es cierto que si no hago nadá, no voy a aprender nada. No me va a pasar nada malo, pero tampoco nada bueno. ¿No creen?



Los dos contestaron al mismo tiempo.

—NO.

—¿NO? —respondimos esa niña y yo, también al mismo tiempo y muy sorprendidos.

—Por supuesto que no. Aquí somos nosotros los que tomamos las decisiones —dijo la mamá, con las manos en la cintura.

—¿O acaso te quieres mandar tú sola? —agregó el papá, apuntándola con el dedo.

—No papá, no mamá —respondió ella, agachando la cabeza.

9. Adultos instantáneos

Salimos al jardín esa niña y yo. Ella caminaba lento y su cara estaba muy triste. Yo no sabía qué decirle, solo quería que estuviera contenta. Nos subimos a mi árbol y nos quedamos callados un rato, escuchando cómo el viento movía las hojas.

—¿Quieres ir a tomar té a mi casa? —le pregunté.

—No, gracias, no tengo hambre —me respondió mirando hacia abajo, hasta el suelo, casi como si se fuera a caer de cabeza y rebotar

con su pelo que parece una esponja naranja.

—Bueno —le dije, mirando hacia el cielo, para ver si se me ocurría alguna idea genial—. ¿Quieres que haga cosas divertidas para que te rías?

Ella me miró a los ojos.

—Eres muy bueno, pero no, gracias. En realidad prefiero quedarme un rato sola, si no te importa.

—Pero puedo hacer cosas rarísimas, como morderme el codo, mover las orejas o tocarme la nariz con la lengua.

—No, por favor —me dijo muy triste—. Necesito estar sola.
—Claro, lo que tú quieras. No hay problema —le dije y bajé por el tronco para dejarla tranquila.
Fui hasta mi casa y conversé con mis papás. Les conté todo: de cómo, al querer organizar una fiesta de bienvenida para nuestros amigos imaginarios, me enteré de que a esa pobre niña, es decir, mi vecina, sus papás no la dejaban hacer nada.
—Hijo querido —dijo mi papá—, a veces los padres nos equivocamos.
—Sí —dijo mi mamá—. Cometemos muchos errores, pero no lo hacemos con mala intención. Tu papá y yo conversamos acerca de lo que nos dijiste sobre no darte en el gusto en todas las cosas. Y queremos mejorar.

—Ah, muy bien, ¡los felicito! Pero ¿y los papás de ella?
Mis papás se miraron sonriendo, como si estuvieran inventando un plan secreto.
—Déjalo en nuestras manos, nosotros encontraremos la solución —afirmó mi papá—. Y lo que te digo es tan cierto como que tú te llamas...
—¡No pierdas tiempo! —exclamó mi mamá—. Anda a buscar a tu amiga y preparen la fiesta. Confía en nosotros, todo saldrá bien. Y esta es una verdad tan verdadera como que tu nombre es...
—¡Si ya sé cuál es mi nombre! —la interrumpí—. No tienen para qué estármelo recordando todo el tiempo, ¿bueno?

—Está bien, hijito —dijo mi papá, pero después se arrepintió y cambió el tono de su voz—. O sea, lo vamos a conversar con tu mamá y decidiremos nosotros mismos cuántas veces al día diremos tu nombre. ¿Te parece?

—Me parece —les respondí, para dejarlos contentos.

Mis papás recién están aprendiendo a domesticarme y todavía no les sale muy bien. En cambio yo ya los tengo totalmente domesticados a ellos.

Otra vez salí al jardín y me acerqué a esa niña, que tocaba suavemente los pétalos de las flores, como pensando en la paz mundial o en si algún día sería capaz de hacerse trenzas por sí sola.

—Hola —le dije con voz dulce para no asustarla—. ¿Cómo estás?

—Mejor —me respondió ella, pero sin mirarme.

Yo me acerqué y tenía ganas de darle la mano como antes, pero no me atreví.

—Creo que hay una posibilidad de que todo se solucione con tus papás —le dije.

Ella me miró tan fijamente que llegué a dar un salto.

—La única solución que se me ocurre es esperar hasta ser adulta y así poder ser libre y hacer lo que quiera —me contestó como si estuviera enojada, pero no conmigo.

Esa niña me dice cosas muy difíciles de resolver, pero por suerte yo tengo un cerebro lleno de ideas geniales.

—Entonces seamos adultos —le dije, muy seguro de mí mismo.
Ella cambió su cara y volvió a tener la sonrisa que tanto me gusta.
—¿Pero cómo? —me preguntó.
—Muy simple. Casémonos.
—¿¿Qué?? ¡De qué estás hablando! —gritó tan fuerte que todos los pájaros de mi árbol salieron volando.
—Es lógico. Los niños no se pueden casar. Solamente los adultos se casan. Entonces, si nos casamos, seremos adultos —le expliqué de manera muy fácil de entender.
Ella se puso más roja que un tomate con insolación, pero se rio a carcajadas.
—¡Las cosas que dices! Me haces reír. Solamente a ti se te podría ocurrir una solución tan imposible.

Por mucho que pensé, no logré entender lo que me quería decir.
¿Imposible, por qué?
Qué niña tan complicada. Uno da soluciones y ella solo se preocupa de los problemas.

10. El día más feliz de mi vida (hasta ahora)

Contra viento y marea, en salud o enfermedad, por la buena o por la mala, al final decidimos hacer la fiesta igual. Nuestros amigos imaginarios se merecían una gran bienvenida.

Decoramos el jardín con las serpentinas y los globos. Se veía espectacular.

—Se ve espectacular —dijo esa niña.

—Sí, niña, eso ya lo sé. ¿Por qué me lees la mente todo el tiempo y

repites las palabras que pienso?

—No lo sé, perdón.

Después vino la parte de los disfraces. Al principio, esa niña temerosa no quería ponerse su antifaz de princesa, pero luego vio cómo yo me puse mi máscara de superhéroe.

—¡Te ves muy gracioso! —dijo riéndose.

—¿Ah, sí? Espera a que me ponga la capa.

Me la amarré al cuello y me puse a correr por todo el jardín, haciendo como si volara.

—¡Fiuuuu! —grité— ¡Soy super... super...! —alcancé a decir y me detuve—. ¿Soy super qué?

—¿Superman? —sugirió esa niña.

—No, ese ya está usado.

—¿Super Ratón?

—Uy, no me gustan los ratones.
Esa niña meditó un momento.
—¿Supermercado?
—¡No, niña! ¿Qué clase de superhéroe sería ese?
—¿Uno que está en oferta?
—Ay, las cosas que dices. ¡Ya sé! —exclamé y puse cara de misterio antes de hablar—. ¡Super-yo!
Ella se tapó los ojos con las manos.
—¿No será demasiado? —me preguntó.
—No. Es que siento que me estoy poniendo en la buena conmigo mismo de nuevo.
Y entonces sucedió: esa niña, poco a poco, tomó el antifaz de princesa y se lo puso en su cara. Era plateado y brillante y la hacía verse preciosa. Fue un momento tan emocionante que pareció haber ocurrido en

cámara lenta. Esa niña estaba venciendo sus miedos al ponerse el antifaz. ¡Ahora ella misma era una persona disfrazada! Me dieron ganas de abrazarla o de ponerme a bailar alrededor de ella, sacándome los pelos a tirones gritando: "¡Milagro, milagro!", pero no lo hice, porque me pareció muy melodramático y exagerado.
—¿Cómo me veo? —me preguntó, nerviosa.
—Más o menos bien —le dije, porque no me atrevía a decirle lo que en verdad pensaba, que era que se veía tan maravillosa como el rocío que roza el pétalo de una rosa rosada.
Luego se puso la corona y se veía más linda que el sol.
—¿Y ahora?

—Un poco mejor. ¿Sientes miedo estando disfrazada?
—No —contestó.
—Excelente. ¿Nada de miedo?
—Nada.
—¿Incluso si te asusto así? —le dije y me puse a hacer caras terribles y a dar saltos terribles, poniendo las manos como si fueran garras terribles.
Ella se rio tanto que tuvo que sentarse en el pasto.
—Eres genial, un verdadero monstruo. ¡Me siento muy feliz!
Cuando ya creía que estaba todo solucionado, ocurrió algo que

jamás habría podido sospechar. Aparecieron dos figuras en la puerta de entrada de mi casa. No podía creer lo que veía: ¡eran los amigos imaginarios! Quise decirle a esa niña que se diera vuelta para que mirara.

—Mi-mi-mi... —tartamudeé.

—Sí, ya sé —respondió ella—. Mi casa, mi jardín, mi árbol. Lo tengo muy claro, todo es tuyo. Ya te conozco.

—Mi-mi-mi... ¡Mira detrás tuyo!

Ella observó y dio un salto para abrazarme. Los amigos imaginarios ya habían entrado al jardín.

—¡Hola, amiguitos! —dijo el amigo imaginario mío, que era alto, morado y con el pelo amarillo—. ¡Hemos llegado y venimos a saludarlos!

Esa niña me apretó con los brazos, cerró los ojos y hundió su cabeza en mi cuello.

El amigo imaginario de ella se acercó a mí. Era más bajo y con el pelo ondulado. Se veía de lo más normal.

—Yo sé cómo te llamas, mi rey adorado —me dijo con una voz muy aguda y falsa—. ¿Quieres que diga tu nombre? ¿Quieres?

En ese momento esa niña giró la cabeza, miró al amigo imaginario y dijo:

—Sí, por favor, ¡de una vez por todas!

Hubo un silencio tan silencioso que hasta se escuchó como se movían las nubes en el cielo y como se rascaban las orejas las hormigas...

—Máximo Maximiliano Eximio Magno.

Mi querida vecina quedó paralizada y luego volvió su rostro hacia mí. Hasta se le quitó el miedo por un momento.

—¿En verdad tienes todos esos nombres?

—Sí —le contesté—. Pero me puedes decir Max... Y a propósito, ¿cómo te llamas tú? Es increíble que no me lo hayas dicho en todo este tiempo, después de tantas páginas.

—Sí, es increíble.

—¿Tu nombre es "Increíble"?

—No, me llamo Sol.

—¿Sol? —le pregunté—. ¿Como el sol, la luna y las estrellas?

—Más o menos, mi nombre es Soledad, pero prefiero que me digan Sol.

Pensé que le venía excelente el nombre Sol, porque ella era radiante.

En ese momento, por si fueran pocas todas las emociones, nuestros amigos imaginarios se quitaron las máscaras que tenían puestas y... ¡¡Eran mi mamá y mi papá!!

—¡Perocómo! ¿Porqué se disfrazaron? —les pregunté sin entender nada.

—Para ayudar a esa niña, tu amiga —susurró mi mamá.

Luego habló mi papá en dirección a la calle, o, mejor dicho, dio un grito de llamada, como un alarido de cavernícola.

—¡Vengaaan! ¡No tengan vergüenzaaa!

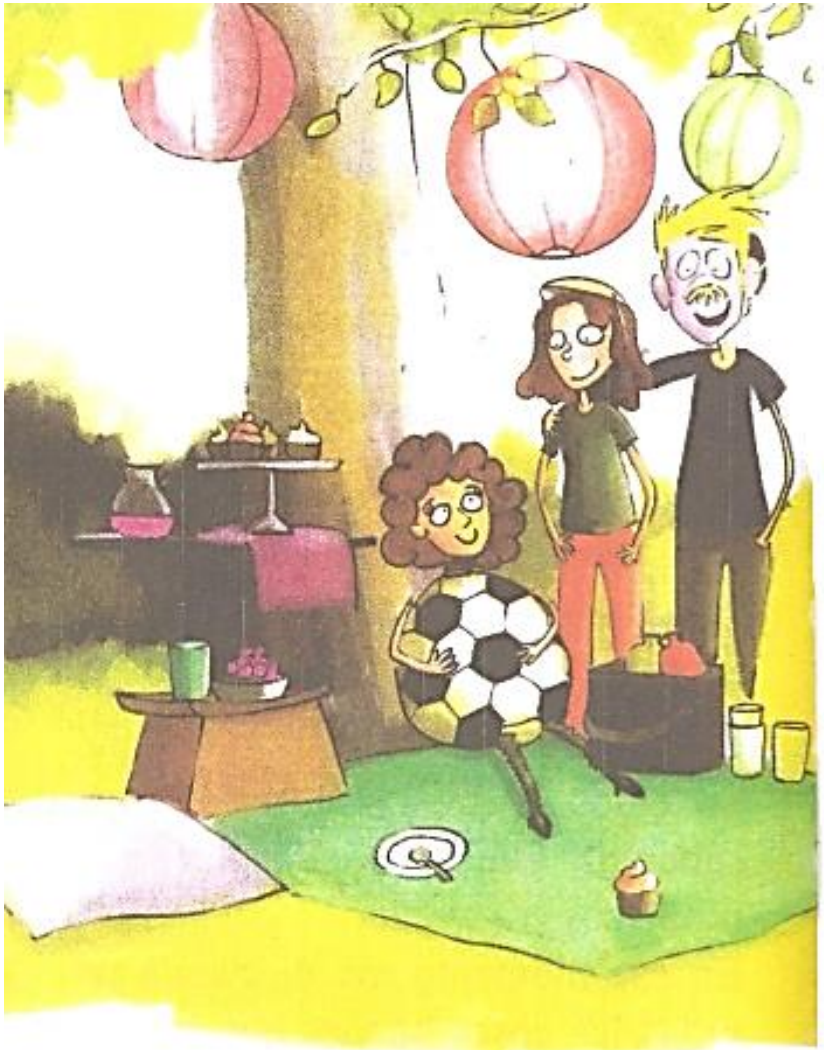
La cara de esa niña se puso pálida cuando vio entrar a dos monstruos de la noche, pero como no venían tan bien disfrazados se notó rápidamente que eran los papás de ella misma.

—¡¡Mamá, papá!! —gritó y corrió a abrazarlos.
—¿No nos tienes miedo, acaso?
—No, nada.
—¿Aunque estemos disfrazados?
—Ya no les tengo miedo a las personas disfrazadas. Mucho menos a ustedes.

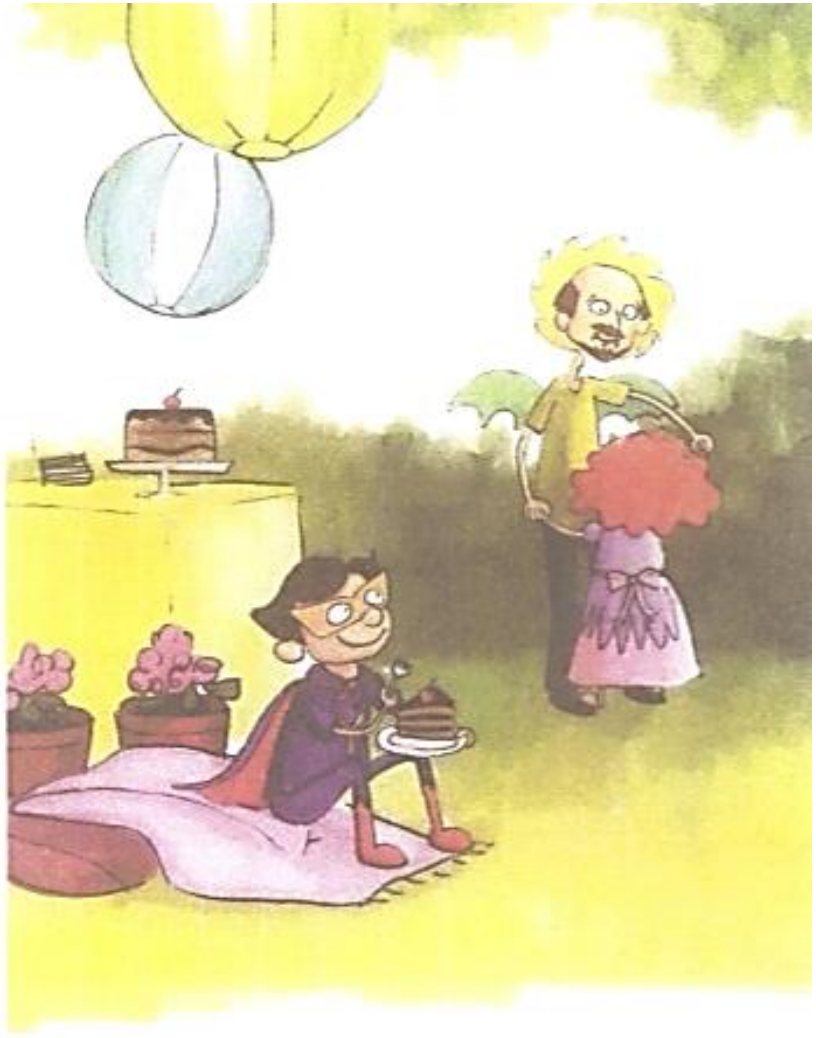
—Y si nos quitamos los disfraces, tampoco nos tendrás miedo, ¿cierto?
Ella los soltó y los miró detenidamente.
—No, nunca les tendría miedo. Ustedes son mis papás y yo los quiero,

a pesar de que a veces peleemos.
Entonces volvieron a abrazarse y hasta lloraron de felicidad.
Mi papá se acercó a mí y me entregó una cartulina pintada con la letra Y.
—¿Y qué es esto? —les pregunté.
—Es para tu disfraz de Super-yo —dijo mi mamá.
—¿Y cómo supieron que iba a ser justo ese superhéroe?
—Ay, hijo, ¡cuánto te conocemos! El ello, el yo, el super-yo. Nos hemos leído todos los libros de psicología —dijo mi papá.
Los papás de esa niña y esa niña se acercaron. Entonces, mi mamá exclamó:
—Y ahora, ¡a celebrar!
—¿Yendo a ver una carrera de caracoles? —pregunté.

Todos se quedaron mirándome extrañados. Fue el papá de esa niña el que rompió el silencio.
—¿O mejor haciendo la fiesta con las cosas que compraron en el almacén?
—Exactamente, eso quería decir. Yo nunca me he equivocado, solo quería hacerles una prueba —dije, sonriendo—. Además, la carrera de caracoles dura un mes, así que podemos ir otro día a verla. Y ya sabemos que los caracoles son moluscos.
En ese momento me di cuenta de todas las cosas buenas que habían pasado. Me sentí tan contento que corrí hacia Sol y la abracé. Como sé que mis abrazos son demasiado fabulosos, la solté de inmediato para que no se acostumbrara. De todas



formas, ella me dio un beso en la mejilla. Me puse nervioso, porque antes mis besos favoritos eran los míos, pero ahora me gustaban más los de ella.



Los dos nos reímos. De todos los días que he vivido hasta ahora, este ha sido el más feliz de mi vida.
¡Ay, cuánto me he vuelto a querer!

MAURICIO PAREDES

Nació en Santiago de Chile el viernes 3 de noviembre de 1972. Cuando niño le gustaba jugar, leer, reírse, dibujar, escribir, conversar, cantar y comer chocolate; de grande también. En la universidad estudió Ingeniería eléctrica, pero después se le pelaron los cables e hizo cortocircuito; entonces decidió ser escritor.

A él le gusta que lo aplaudan, por eso ha hecho muchísimas presentaciones en diferentes pueblos, ciudades y países en los que se divierte junto los niños, papás y profesores. Con ellos conversa acerca de sus libros y de cómo disfrutar, cada día más, con la lectura. Sus sueños son inventar libros toda su vida y que a una calle le pongan su nombre.

En Alfaguara Infantil ha publicado *La cama mágica de Bartolo* (2002), *¡Ay, cuánto me quiero!* (2003), *Verónica la niña biónica* (2005), *Los sueños mágicos de Bartolo* (2006), *Cómo domesticar a tus papás* (2009), *Bartolo y los enfermos mágicos* (2011), *Mi hermana gigante* (2012) y *Bartolo y los cocodrilos mágicos* (2013). Junto con Verónica Laymuns hizo *El festín de Agustín* (2006).

www.mauricioparedes.com

VERÓNICA LAYMUNS

Nació en Santiago de Chile en 1979. Es licenciada en Arte de la Pontificia Universidad Católica de Chile y profesora de Educación Media con mención en artes plásticas. Actualmente se dedica a la pintura, a la ilustración y al diseño gráfico. Es la directora de arte de www.mauricioparedes.com, sitio de los cuentos para niños de Mauricio Paredes, su marido. Junto con él publicó en Alfaguara Infantil *El festín de Agustín* (2006).

www.laymuns.com